

LAS IRONÍAS DOLOROSAS DE EDUARDO ZAMORA

Luis Ignacio Sáinz



La boda

Luis Ignacio Sáinz es maestro en ciencia política por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Ensayista dedicado a temas de filosofía y teoría política y estética. Ha publicado diversos títulos. Sus libros más recientes son *Irma Palacios: poesía de la tierra* (CNCA, Círculo de Arte, 2003) y *La cárcel de la metáfora: ensayos sobre América Latina* (CNCA, Sello Bermejo, 2003).

Casi siempre los vientos de solemnidad recorren el arte mexicano, rara vez aparece el humor y la tentación lúdica; y cuando lo hace o tiende a ser desacreditada semejante producción o pasa inadvertida: "menor" suele ser el adjetivo que la califica. Será por el hieratismo del pasado de los antiguos mexicanos y la contundencia de sus monolitos sagrados, la rigidez ritual novohispana con su filacteria de santos, la grandilocuencia porfiriana con su toque cosmopolita o la evangelización revolucionaria con sus catecismos de pared, pero la ligereza siempre se evapora, se oculta para mejor ocasión, sobre todo, en las manos y los espíritus de los artesanos y las leyendas populares.

La negación de la sensualidad y los resabios religiosos definen nuestra identidad creativa desde la severidad y la renuncia, entendidas como vías salvíficas. Así las cosas, eludir las tentaciones del mundo, la carne y el demonio, será la divisa de nuestra particular forma de ser, siempre cargada de prohibiciones y anhelos trascendentales. Entonces, las obras desafiantes, por ejemplo, de Abraham Ángel, *El Corsito* o Xavier Esqueda, sucumben y son reducidas a su mínima expresión: bromas plásticas, divertimentos, "tomadas de pelo", surrealismos. Y en ese darle la espalda al juego, a sus posibilidades hedónicas, se arrasa parejo; como si los muy serios y disciplinados pintores mencionados tuviesen algo que ver con Rodolfo Morales, él sí un arrebatado de los sentidos y una reivindicación primaria del onirismo.

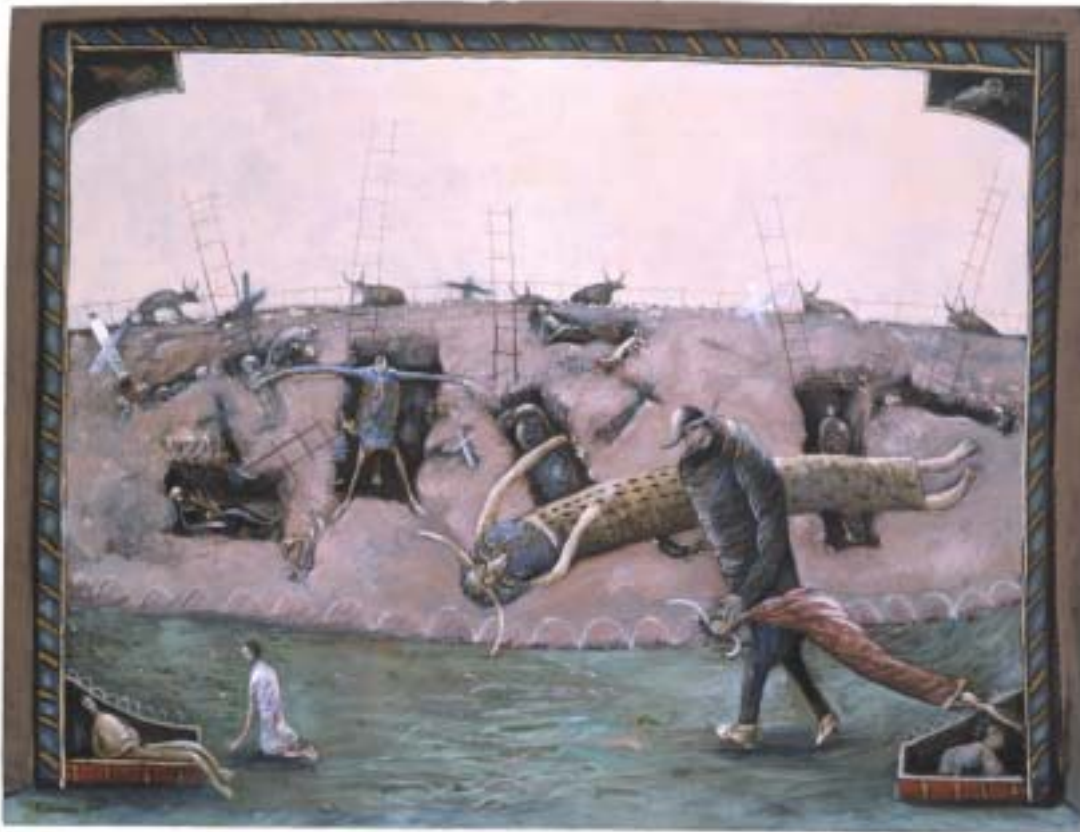
En el empeño de reivindicación del absurdo, lo inverosímil o el más puro deleite, sobresale Eduardo Zamora¹ con su factura ágil y transparente, pues los



Tepoztlán



Luna de miel en México



*El último
acto*

secretos del buen pintar le han sido compartidos por los arcanos: esas imaginerías procedentes de diversas geografías que le asisten en la intervención de las telas. Lo hace con inesperada (aparente) facilidad: lo mismo da si se ocupa de la inminente consumación de unos esposales (*Luna de miel en México*) que si se detiene en los apetitos del bajo vientre de un animal que se niega a ser sacrificado en su laberinto (*Minotauro*), si saborea un desmembramiento de nahuales

afuera de una cantina (*Tepoztlán*), si atisba la consumación de una masacre (*Tauromaquia*) o testimonia la resistencia de los catafalcos y sus huéspedes al momento del entierro colectivo (*El último acto*). La elegancia del humor recorre tan dispar archipiélago en un esfuerzo decidido por comunicar vida, a pesar de la violencia, la miseria o el desdén del prójimo.



Minotauro

Semejante evasión del canon hunde sus raíces en una especie de búsqueda o cruzada personal. Como él mismo recuerda en una conversación con Pedro Alfageme: “hay alguien escondido dentro de mi ser que me corta el puente para llegar a la verdad pictórica de lo que quiero decir. Empiezo jugando y termino serio y grave, estoy prisionero de eso”.² Esta duda metódica le impulsa a estudiar y atender hasta el más ínfimo detalle; su compulsión nos beneficia, ya que su ansia de expresión genera auténticas visiones, revelándonos un universo mágico que no se cansa de parodiar nuestros gestos, bestiales o automáticos, para invocar eso que no estando presente de manera directa, se intuye: la plenitud y la felicidad. Pensando en tópicos semejantes, Edouard Glissant escribió para una muestra del artista de 1987:

Alors, en des moments de grâce enjouée, Zamora opuse au coeur de la particule. Il réutilise ce qu’il a conquis sur



Tauromaquia



La sirena



Maternidad

l'incertain du monde, pour en créer un autre. A partir de ces schèmes révélés, de cette résille désenclavée, de ce système qu'il a fait naître, il bâtit dans l'innocence et le bonheur, là où la délicatesse et la beauté forment d'inattendues nuances non repérables.³

Eduardo Zamora nos amonesta silencioso en el movimiento de su pintura, en la arbitrariedad de los signos que integran su arsenal predicativo y de las relaciones ambiguas que entablan sus personajes, afirmando de paso que la densidad reflexiva de nada sirve si es que no apunta sus baterías a mejorar lo existente, a desmontarlo para humanizar nuestra circunstancia. De aliento poético inequívoco su obra nos advierte, con Carlos Martínez Rivas: "Cuidate de ángeles visibles/ Y cuida de tus ángeles invisibles".⁴ Y debemos, por nuestro bien, aceptar tal recomendación. •

Notas

¹ Pintor nacido en 1942 en Nuevo Laredo, Tamaulipas, radicado en París desde 1973. Se formó en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la Universidad Nacional Autónoma de México y realizó estudios de grabado en Polonia.

² *Magia e imagen*, textos de Pedro Alfigeme, catálogo de la exposición colectiva de Carlos Aresti, Heriberto Cogollo, Alonso Cuevas, Saúl Kaminer, Mario Murúa y Eduardo Zamora, itinerante en Cádiz, Granada y Sevilla, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía, 1990, p. 96.

³ *Zamora*, texto de Edouard Glissant, Galerie du Dragon, París, noviembre-diciembre, 1987, sp.

⁴ "Avisos y cautelas", en *Poemas sueltos*, edición y nota de Miguel Ángel Echeagaray, México, Universidad Autónoma Metropolitana (El Pez en el Agua), 2002.